

## **Malos gestos**

*(El Correo, 11. 08. 2002)*

¿Y dice usted que, a propósito de Gesto por la Paz, ha habido en este periódico una ‘polémica’? ¿Pero es que alguien conoce a esa señora? Tanto gesto silencioso y, claro, cuando se trata de dar cuenta de las propias convicciones, uno se queda mudo. No paramos de convocar al diálogo, y ya ven. Es lo que pasa cuando no usamos las palabras: que tampoco ejercemos el pensamiento.

A lo largo de tres artículos quien suscribe se tomó en serio varias tesis principales de esa Coordinadora reunidas en un reciente escrito de A. R. Gómez Moral (y tan principales que en su página web este escrito figura bajo el epígrafe “Fundamentos”). Primera, el valor supremo de la existencia humana y la condena absoluta de todas las muertes; una existencia reducida a su simple naturaleza biológica, por lo demás, puesto que sólo ésta permanece cuando no se valora lo que hagamos en esa vida. Segunda, la prevalencia de la vida humana sobre cualquiera de las causas a las que el individuo se entrega, de manera que no existe causa alguna que justifique matar pero tampoco morir por ella, de igual modo que –mueran matando o mueran matados– no hay muertos buenos ni muertos malos. Y tercera, el rechazo sin paliativos de todo tipo de violencia, así como de sus resultados, pues como se admita una violencia legítima por parte del Estado de Derecho se desmoronarían los pronunciamientos anteriores... Creo que esas declaraciones son falsas y, por si acaso, añadiré que tampoco suenan a cristianas. Pero lo que me interesaba insistir es que, en tanto que morales, resultan además peligrosas por inspirar una actitud ciudadana demasiado frágil a la hora de enfrentarse al terrorismo. Y para probarlo y sostener las tesis contrarias dispuse, con mejor o peor tino, unos cuantos argumentos.

Salvo el profesor Calleja, a quien mi reflexión le parece “fundamentalmente cierta” (aunque advierta de sus presuntos riesgos), los demás replicantes no se han molestado en atender o rebatir uno sólo de esos argumentos. Pero es que ni uno. En su lugar, y cartas al Director aparte, ya para la segunda entrega ciertas almas sensibles se estremecían ante el “linchamiento de Gesto” (X. Elzo) o lamentaban que se le

sometiera a un “examen de filosofía” (I. Zubero). Mejor aún estuvo la propia Gómez Moral, quien, como si casualmente pasara por ahí, ni se da por aludida y publica de nuevo su artículo..., sin prevenir al lector de que lo ha modificado en dos párrafos sustanciales con respecto a la versión citada. Lo cual no obsta para que otro de mis críticos (V.Carrión) considere semejante desaire como una muestra de “exquisita elegancia”, pues ya se sabe que discutir es hoy cosa de mal gusto. Sólo faltaba que uno quiera tener razón y, pecado imperdonable, pretenda incluso convencer.

Con tal de no argumentar, pues, se recurre a la acusación de hacer trampas para así trampear mejor. Mientras uno (Zubizarreta) me achaca no reproducir “con fidelidad” los presupuestos teóricos de Gesto, su Comisión Permanente me echa en cara nada menos que la “tergiversación sistemática” de su mensaje..., aunque yo entrecomille cada una de las proposiciones que analizo y mis fiscales no hagan lo mismo ni una sola vez con las mías. El ejercicio retórico es sencillo: como es obvio que las conclusiones del autor chocarán con la mentalidad reinante, se las enuncia evitando mentar ninguna de las premisas en que aquél las funda. Tan malos gestos no parecen juego limpio, la verdad. Y si por denunciarlo vuelvo a ser tachado de “arrogancia intelectual”, pues nada, que no se enfade nadie y hagamos un ideal del resentimiento.

Pero culpemos de estos tiquimiquis a la calentura del momento y, a falta de réplicas solventes, recojamos algunas observaciones que suscitan comentario más impersonal. Pertenecen casi todas al Sr. Zubizarreta, una pluma a la que sigo con provecho por más que su pasada condición de asesor de lehendakari revele sus querencias. Mi crítica a Gesto es “inoportuna”, comienza por reprocharme. Y hay un sentido en el que acepto con pesar su dictamen: debía haberla escrito años atrás por si ello hubiera contribuido a mejorar las cosas. En lo demás, francamente, desconozco quién será el intérprete fiable de nuestra oportunidad política y me pregunto cuántas barbaridades se han consentido en este País en nombre de una oportunidad que por lo común nunca pasa de ser medroso oportunismo.

Me imputan asimismo él y otros el haberme confundido de enemigo y quebrar así la unidad de nuestra lucha. Si me permiten, más bien creo que se equivocan de enemigo quienes lo limitan tan sólo al que mata y a sus amigos directos, y pasan por alto la beligerancia de cuantos comparten con el asesino y sus cómplices (de palabra,

obra u omisión) tanto los fines políticos como los medios ideológicos etnicistas que impulsan a aquéllos al asesinato. Por eso seguramente no estamos “en la misma lucha”, por desgracia, quienes parecen conformarse con la paz y quienes buscamos una paz justa, ni tampoco los que adoptan el silencio como arma de combate y los que creemos preciso levantar la voz en una sociedad envilecida. Allá quienes -se diría que por penuria de criterios políticos- responden a la iniquidad colectiva con consejos morales y separan la compasión de la justicia, porque esos mansos no poseerán la tierra. Cada vez se hace más claro que, para acabar con la “violencia de persecución”, no basta proteger al perseguido, sino que hay que perseguir también con todas las de la ley al perseguidor. Y por eso invitaba yo a Gesto a enderezar su ideario.

Bien sé que Gesto no es “un foro de debate intelectual”, sino un movimiento cívico, pero un movimiento cívico a mi parecer desorientado por nutrirse de ideas mal fundadas. Y al que juzgue mi insistencia como manía de intelectual, le respondo que tal vez se halle bajo el influjo de dos topicazos a cual más funesto. Uno sería el de que una cosa es la teoría y otra la práctica, dejémonos de filosofías y vengamos a lo concreto... Eso es ignorar a estas alturas que la filosofía práctica (ética, política) produce efectos prácticos y que, según nuestra idea o juicio acerca de qué sea la virtud, la democracia o la violencia así será probablemente nuestra conducta personal o ciudadana. El otro tópico repite que, por contraste con los saberes científicos -precisos, necesarios, universales-, en cuestiones éticas o políticas sólo hay lugar para meros pareceres, siempre relativos a gustos o intereses. De manera que las primeras materias exigen aprendizaje y las segundas podrían prescindir de él, pues allá tienen autoridad los ‘expertos’ mientras que aquí cada cual debe regirse por su opinión tan ‘legítima’ o ‘respetable’ como cualquier otra. Y así nos va, naturalmente.

De todo esto cabía haber debatido, por lo mucho que a nuestra comunidad pública le importa. La Comisión Permanente de Gesto, en cambio, rehúye este debate so pretexto de que una espiral de réplicas “resultaría estéril y prolijo”. Lo de menos es que desdeñe mi palabra; mucho más grave es perder una ocasión de sacudir la conciencia ética y política de esta sociedad y no haber entendido que la democracia digna de tal nombre se llama democracia deliberativa. A no ser que, condenada la razón de la fuerza, entre nosotros haya que renunciar también a la fuerza de la razón.

